

JOSE MANUEL GROOT

Hay hombres a quienes no es posible designar por su solo nombre y apellido, como a cualquier ciudadano o a un personaje de la antigüedad, ora figuren como contemporáneos, ora sea su memoria del dominio de la posteridad. El respetuoso *don*, que crearon nuestros progenitores —no precisamente para los nobles y los encumbrados personajes, sino para designar a personas dignas de todo miramiento—, parece haber sido inventado para aquellos que ni tienen la inmutable notoriedad histórica, ni están al alcance de la familiaridad.

De este linaje era don José Manuel Groot, grave y venerable compañero del presente siglo (1), cuyo nombre está unido a muchas de las más puras glorias del profesorado, de las letras y de las artes colombianas. Mucho y muy de cerca conocí a este eminente colombiano, que fue mi primer maestro en Bogotá; he leído la mayor parte de sus abundantísimos escritos; cultivé su honrosa amistad durante cerca de cuarenta años; y poco ha, cuando le veía pasar por esas calles, humilde, pobretón, envuelto en su vieja capa, encorvado bajo el peso de los años y andando como a tropezones, su figura me parecía sagrada, me infundía más que profundo respeto, una veneración afectuosa; y siempre me detenía a estrecharle la mano, con una emoción semejante a la que sentiría si se me aparecieran

(1) Nació en Bogotá el 25 de diciembre de 1800.

sen, después de medio siglo de quietud en sus sepulcros, las venerables figuras de mis abuelos...

I

En 1838 venía yo a comenzar en Bogotá mis estudios de literatura y filosofía. La señora del colegio (incorporado en la Universidad Central) donde me recibieron como alumno interno, era una de las más amables, hermosas y espléndidas damas que yo haya conocido jamás; y a su hermosura majestuosa unía tal tesoro de dulzura y bondad y una sencillez de carácter y maneras tan seductoras, que en breve se sentía uno como *su hijo*, y amaba el estudio y se aplicaba por no hacerse indigno de su mirada llena de benevolencia. El esposo de aquella admirable señora, hija de un gran ciudadano y hombre de cultivado espíritu y agudo ingenio; el director de aquel colegio, el que así vino a ser mi primer maestro de gramática, aritmética y dibujo, era don José Manuel Groot.

Era hombre de bella y apacible fisonomía, cuerpo mediano, o poco menos, con cierta inclinación en la cabeza como a encorvarla prematuramente; sano y vigoroso y de intachables costumbres, bien que en sus mocedades había sido travieso y descreído; paciente y afectuoso con sus discípulos, de muy severa conciencia y honrado en sus procedimientos; adicto a la enseñanza por amor a las letras, piadoso en alto grado, así en sus ideas como en sus prácticas, austero en todo lo relativo a religión y moralidad, complaciente y amable y sin la menor petulancia pedagógica; chistoso en el decir y amigo de contar viejas historietas y anécdotas nacionales, y tan dado al estudio y a revolver libros y papeles viejos, que parecía destinado a ser uno de los más consumados eruditos de este país.

Pasaron años después de mi salida del colegio y los estudios de jurisprudencia y el viento de la política me alejaron del íntimo trato de don *Pepe Groot* (como le llamábamos casi todos en Bogotá). Pero si aquellas fuerzas me alejaban, y más que todo mi incredulidad, pues yo había entrado de lleno en la corriente de los *Enciclopedistas*, había otra fuerza —mis inclinaciones literarias— que me hacía tornar la atención hacia él.

Aquel hombre que, por sus ideas notoriamente ortodoxas, parecía no deber atraerme como literato, era un escritor modesto pero picante, lleno de *chispa* y de ingenio, uno de los más agudos colaboradores del popularísimo *Duende*, que fue —tan chirriquitín como era en su forma—, la primera potencia literaria y crítica de 1846 a 49. Allí lucieron su ingenio, lleno de aticismo, Vicente Lombana, Caicedo y Rojas, Domingo A. Maldonado, el malogrado y simpático Ulpiano González, Rafael E. Santander y otros más, y entre ellos don José Manuel Groot.

II

El prominente papel que hizo entre nosotros el señor Groot, como polemista religioso, a más de historiador nacional muy conspicuo, distrajo la atención respecto de las grandes aptitudes que poseyó y desplegó aquel digno ciudadano, como artista, poeta y escritor de costumbres. Quien no conoce la vida y los variados y abundantísimos trabajos del señor Groot, no tiene idea de la gran fecundidad de espíritu de este venerable pensador, a quien con justicia púdose llamar, por su vasta ciencia y su cordura, el *Néstor* de los escritores colombianos.

Si como pintor, que lo fue desde su juventud, *gratis et amore*, el señor Groot no tuvo toda la habilidad de un dibujante de primera clase, fue un colorista de exquisito gusto, que sabía *sentir* la belleza, la reproducía con fidelidad en su conjunto y le daba el color que realza la expresión. Su conocida copia de la *Huida de Egipto*, tomada del ilustre Vásquez, es obra de gran mérito; y bien podríamos citar otras que le dieron derecho al título de artista muy notable.

Como poeta, el señor Groot nada tenía de lírico, ni menos aspiró jamás a elevarse hacia las alturas del canto épico. No conocía los recursos de la imagen, ni tenía el fuego sagrado de los poetas que producen *luz* y dejan *huella*, ni manejaba la grande estrofa propia de los hijos predilectos del Pindo. Sus cuerdas eran la sátira inofensiva pero crítica, y la sencilla descripción de paisajes y de costumbres rústicas; sus únicas formas de expresión, la vieja décima española, que requiere habilidad y soltura, la sabrosa y popular redondilla y el romance; y su arpa jamás fue templada sino para los cuentos sencillos, descriptivos, o la copla jocosa, burlesca y de circunstancias. Sus poesías coincidían con su genio de pintor y su carácter jovial, pero nunca tuvieron la entonación del gran artista, ni la corrección del versificador consumado.

Como escritor de costumbres, pocos artículos produjo el señor Groot; pero muy pocos de nuestros literatos le han igualado en gráfica sencillez, en chiste natural y espontáneo, en agudeza de expresión y observaciones. Me bastaría para abonar mi dicho, citar los artículos *Nos fuimos para Ubaque*, *Costumbres de antaño* y *La tienda de don Antuco*, verdaderas joyas de nuestra literatura, en

lo tocante a observación, exposición y crítica de costumbres.

Pero el conspicuo don José Manuel Groot, el Groot que hasta ahora no ha tenido rival en Colombia, era el polemista y apologista religioso, el historiador nacional de nuestra *vida propia*, tan inmensamente sabio y erudito como poderosamente crítico, y tan humildemente valeroso, indomable en la defensa de su causa, como infatigable para soportar las vigiliass que imponen los trabajos intelectuales cuando son atendidos con severidad de conciencia.

No busquéis en el enorme cúmulo de escritos del señor Groot, ni las formas elegantes que seducen, ni la correcta dicción de los prosadores bien castizos, ni la riqueza y amenidad de estilo. El era incomparablemente más *sabio* que *literato*, más *erudito* que *escritor-artista*; y sobre todo, su mayor fuerza como pensador y polemista consistía en la absoluta sinceridad de sus convicciones, en la incommovible firmeza de su fe, y en la serenidad apacible con que investigaba, pensaba y escribía *por cumplir con su deber*.

Durante cuarenta años el señor Groot fue un atalaya incesante de la causa católica, y nunca cesó de estar sobre la brecha. Aquel hombre, que en el comercio privado era manso y pacífico, campechano y benéfico, chistoso en sus relatos y amigo de la conversación llana y afectuosa, al sentirse agredido como católico se armaba de punta en blanco, recogía todo guante que se arrojaba a su comunión religiosa y, como aquellos viejos caballeros que jamás vacilaban en batallar y dar la vida *por su rey o su dama*, se lanzaba al punto en el torneo, *por su Dios y su Iglesia*. Nada le detenía cuando se trataba de defender esta gran causa: ni

contaba los enemigos, ni calculaba lo que la lucha habría de costarle. Era uno de aquellos creyentes de una pieza, intolerantes sublimes, para quienes no son lícitos el silencio y el reposo, en tanto que alguna voz se alza para negar la verdad ortodoxa. Personalmente nada iba a ganar con la lucha, y acaso, después de sostenerla, se quedaba con unos pesos de *menos*, desfalcados de su modesta fortuna, y algún achaque de *más*, en su quebrantada salud, bien que también había añadido un nuevo lauro a los ganados antes.

III

Don José Manuel Groot (bien que tenía notabilísimos compañeros de lucha: los señores José Joaquín Ortiz y Miguel Antonio Caro, dos de los más clásicos escritores colombianos) era, sin disputa, el primer polemista religioso de este país. Su voluntad era tan decidida y su erudición histórica y eclesiástica tan vasta, que acaso ninguno de nuestros teólogos le igualó en aptitudes para la réplica pronta y contundente. En *El Catolicismo* en *La Caridad*, en *El Tradicionista* y todos los periódicos de carácter más o menos religioso, se le vio salir siempre a la defensa de su causa, como el mejor abogado puede prestar voz y caución para defender los derechos de su familia.

Para el señor Groot, lo mismo daba escribir una serie de *artículos*, elaborados de prisa, pero siempre muy nutridos, que emprender la tarea más seria de un laborioso *opúsculo*, o recoger todo el aliento para acometer la obra, siempre grave y delicada, de un *libro* considerable. Cuando apareció la obra de Renán sobre la *Vida de Jesús*, el más pérfido libro que jamás se haya escrito, la siguieron muchas refutaciones, así europeas como ame-

ricanas, de las cuales leí cuatro o cinco, con el libro de aquél a la vista. Y bien que entre todas figuraba como notabilísima una del eminente filósofo Augusto Nicolás, nada me satisfizo, nada me pareció tan completo, tan convincente y concluyente como la refutación escrita por el señor Groot (2). En ella puso de manifiesto el apologista colombiano no solamente una consumada ciencia de los libros sagrados y de la historia eclesiástica, sino también una fuerte capacidad crítica, un poder de argumentación irresistible, una grande ingenuidad de convicción y mucha honradez en la exposición de los razonamientos que combatía.

Estas mismas cualidades, con un tinte de dureza y acritud, mostró el señor Groot en su obra de 1876: *Réplica al Ministro presbiteriano H. B. Pratt* (3), que fue la última del incansable escritor, tan digno de respeto por su sinceridad, su vastísima ciencia y su fecundidad, que bien podría llamársele el *Tertuliano* de la Iglesia colombiana. Anciano y achacoso, casi no le quedaban fuerzas sino para ser creyente incorruptible y piadoso sin afectación ni puerilidad. El veía acercarse la muerte con la tranquila serenidad del justo; y si bien presentía, por lo mucho que hubo de luchar, los largos días de prueba que aguardaban al catolicismo, combatido por la falsa ciencia, o por un falso liberalismo que lleva en su intolerancia ciega la negación de sí mismo, tenía tan profunda fe en la verdad del Evangelio y tan indestructible confianza en la sempiterna permanencia de la obra de Jesucristo, que esperaba con seguridad el renacimiento de la calma de las conciencias en un futuro más o menos cercano.

(2) Un volumen en 4^o menor de 330 páginas. Bogotá, 1865.

(3) Un volumen en 8^o de 360 páginas. Bogotá, 1876.

IV

Pero si en el punto de vista de los intereses puramente católicos, literarios y artísticos, don José Manuel Groot era, como polemista, literato y artista, un hombre prominente, hubo en su vida, inmensamente laboriosa y fecunda, un aspecto esencialmente *nacional*, que le hizo respetable y simpático a los ojos de todos los colombianos, cualesquiera que fuesen sus opiniones filosóficas y creencias religiosas, por poco que supieran estimar, con equidad ingenua, el verdadero mérito. Ese aspecto era el del *historiador*.

La *Historia eclesidstica y civil de la Nueva Granada*, publicada por el señor Groot (4), es una obra capital, suficiente para formar una gran reputación. Acosta, escritor tan sagaz como castizo y de conciencia, había publicado desde 1848, como resultado de inmensos estudios, la *Historia del descubrimiento y conquista de la Nueva Granada*; pero su libro, de eminente mérito, sólo abarcaba aquel período de nuestra vida histórica. Lo propio sucedía con la excelente *Historia de Colombia*, del sabio Restrepo, comprensiva únicamente del período moderno: el de la guerra de nuestra independencia y la vida de nueve años de la Gran Colombia. Mi propio libro, si me es permitido citarlo, intitulado *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada*, no era, como su nombre mismo lo indicaba, sino un bosquejo animado de la historia nacional y su filosofía, relativo al período corrido desde 1810 hasta 1852. Pero el gran período de formación de nuestra sociedad, que abarcaba poco menos de tres

(4) Tres volúmenes en 4º mayor, con cosa de 1.700 páginas. Bogotá.

siglos, desde 1539 o 40 hasta 1830 —la época de la colonización y del gobierno colonial—, aguardaba su historiador completo. Plaza, hombre de gran capacidad y extensa erudición, pero que no había hecho estudios completos, ni tenía, por sus ideas extremas, toda la imparcialidad de criterio necesaria, hizo, con sus *Memorias sobre la historia de Nueva Granada*, una obra de indisputable mérito; pero la dejó incompleta y con algunos errores y la escribió sin suficientes datos y en un estilo poco ameno y atractivo.

El señor Groot se propuso llenar por completo la gran laguna que había en nuestra historia. Y cosa rara, que patentiza cuán grande es el poder de la verdad y hasta qué punto ella domina a los hombres sinceros, el señor Groot se había propuesto escribir su historia eclesiástica para *un determinado objeto*: el de poner de manifiesto que toda la civilización de este país había sido obra del *clero católico* en sus diversas ramas. Era, pues, un libro apasionado el que él se proponía escribir; pero su probidad y su ciencia histórica le guiaron de tal modo, que en realidad escribió una *verdadera historia nacional*.

Algunos de sus juicios fueron apasionados, siempre que la Iglesia estuvo por medio, como aconteció a Restrepo con su *Historia de Colombia*, siempre que halló por medio a Bolívar; y sin embargo, así como Restrepo supo ser siempre *narrador* íntegro y fiel en todo caso, ya que no siempre *crítico* imparcial: porque su honradez le inducía a no omitir ningún *hecho*, del propio modo el señor Groot obró con toda la probidad del historiador sincero.

Verdad es que su obra adolece de numerosas incorrecciones (en el segundo y tercer volumen),

por falta de casticismo; que en ocasiones su crítica acepta algunos hechos no comprobados, con sobrada credulidad; que algunas de sus páginas son fatigantes o cansadas y que a las veces en ellas el *polemista ortodoxo* se sobrepone al *historiador* más de lo excusable. Pero con eso y todo, la obra del señor Groot es un precioso monumento. Allí se ve la mano del narrador y descriptor trazando con habilidad numerosos cuadros llenos de animación; allí campea la sagacidad del crítico, junto con la fidelidad del cronista, y la ciencia del erudito se realza con la fecunda facilidad del escritor, siempre laborioso y siempre lleno de conciencia.

Cuando hayan corrido veinte o más años y las amargas y apasionadas luchas de la época presente pertenezcan a su vez a la historia, de modo que los hombres de hoy puedan ser juzgados con imparcialidad, pocos de nuestros escritores serán tan honrosamente estimados y calificados como don José Manuel Groot, por cuantos sepan apreciar con buen criterio las obras del patriotismo, de la ciencia y del ingenio.

Los años le tenían ya fatigado, tanto como su erudito saber y su gran laboriosidad, y sin embargo, su fuerte espíritu resistía a todo, soportando con entereza de filósofo cristiano las pruebas de la vida. Pero un día su apacible y santo hogar se cubrió nuevamente de luto: perdió y lloró una hija idolatrada y el golpe le abrumó... ¡Dios le llamaba a su infinita gloria y él, débil de cuerpo pero fuerte de conciencia y fe, rindió el alma a su Creador, el 3 de mayo de 1878, con aquella dulce tranquilidad que acompaña en todo momento solemne al hombre justo y bueno que ha sido fiel a la Providencia divina y útil a la humanidad!